

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

84

LETRAS LIBRES
ENERO 2012

IN MEMÓRIAM

CHRISTOPHER HITCHENS (1949-2011)

✎ DANIEL GASCÓN

Christopher Hitchens ha sido uno de los grandes ensayistas de las últimas décadas. Combinaba amplios conocimientos históricos y literarios, una perspicacia infatigable, indignación moral, humor y descaro para defender la libertad individual y la democracia, y para combatir la superstición y la mentalidad totalitaria. Nació en Portsmouth en 1949; su padre era comandante de la Marina británica. Su madre, que se suicidó en Atenas, ocultó a sus hijos que era judía. Hitchens era un hombre del 68; estudió en Oxford y militó en un grupúsculo trotskista. Creía que era bueno viajar a países “en los que hay demasiada ley y orden, o demasiada poca” y en su juventud visitó la Cuba castrista, la Polonia comunista, la Argentina de la dictadura militar. Comenzó a trabajar como periodista y formaba parte de un grupo de amigos que incluye a Martin Amis, Salman Rushdie, James Fenton e Ian McEwan. A principios de los ochenta se trasladó a Estados Unidos, donde se convir-

tió en una figura importante del periodismo de izquierdas. Pero nunca se encontró cómodo en ningún campo: no le pareció mal la victoria de Thatcher, escribió un libro contra Clinton, se sintió asqueado al ver la tibia reacción de muchos izquierdistas ante la fetua de Jomeini a Rushdie y apoyó la intervención de la OTAN en Kosovo. La ruptura con muchos viejos camaradas se produjo a raíz de los atentados del 11 de septiembre. Frente a quienes buscaban las “causas” de los ataques, escribió:

Este es un momento tan bueno como cualquier otro para revisar la historia de las Cruzadas, o la triste historia de la partición de Cachemira, o las penas de los chechenos y los kosovares. Pero los terroristas de Manhattan representan el fascismo con un rostro islámico, y no tiene sentido emplear ningún eufemismo sobre eso. Lo que abominan de “Occidente”, por decirlo en una frase, no es aquello que los progresistas occidentales rechazan y no pueden defender de su propio sistema, sino lo que sí les gusta y deben defender: sus mujeres emancipadas, su investigación científica, su separación entre religión y Estado.

Algunos obituarios ofrecen explicaciones caricaturescas del apoyo de Hitchens a las guerras de Afganistán e Iraq: se habría convertido en un instrumento de Bush, por oportunismo o para compensar no haberse enrolado en la Marina. Pero el propio Hitchens veía la guerra de Iraq como una extensión de sus ideas internacionalistas —que le llevaban a interesarse por conflictos de todo el mundo— y como parte de la lucha contra el despotismo. Podría haber dicho que se equivocó por las razones correctas, pero no se retractó, aunque criticó la ejecución de la invasión y el recorte de libertades civiles en Estados Unidos y denunció la tortura. Se convirtió en un autor de éxito con un libro contra la religión, *Dios no es bueno* (Debate, 2008). En 2010, cuando acababa de publicar su autobiografía *Hitch-22* (Debate, 2011), le diagnosticaron el cáncer de esófago que terminó con él en diciembre pasado.

Solía decir que la escritura no era su forma de vida, sino su vida. Escribió hasta el final, en decenas de publicaciones (entre ellas *Letras Libres*), y abordó una gran cantidad de temas: desde Churchill a Victor Serge, pasando por multitud de asuntos de actualidad, Proust, Nabokov, Obama, Rosa Luxemburgo, Pakistán, Corea del Norte, la metafísica de la palabra *blowjob*, la pena de muerte, el antisemitismo, la Biblia del rey Jacobo o su enfermedad. Su escritura está llena de información y observaciones bri-



✎ Hitchens, el incansable.

llantes, y de anécdotas y formulaciones inolvidables: “El mayor triunfo que pueden ofrecer las relaciones públicas modernas es el éxito trascendente de que tus palabras y acciones sean juzgadas por tu reputación, en vez de al revés”; “No puedes ser solo un poco herético durante mucho tiempo”; “Nunca olvidaré dónde estaba y qué estaba haciendo el día en que el presidente Kennedy estuvo a punto de matarme”. Algunos de sus mejores textos son ataques devastadores contra la hipocresía de Bill Clinton, el fanatismo de la madre Teresa, la demagogia de Michael Moore, los crímenes de Kissinger o la idea de Dios (un crítico escribió: “Hitchens por fin ha encontrado un adversario a su altura”). En YouTube hay muchas demostraciones de su habilidad retórica, que a veces dirigía contra antiguos aliados, como Gore Vidal o Edward Said.

Como su afición por el alcohol, el tabaco y la conversación, su faceta de polemista es célebre: el Vaticano lo llamó para que testificara contra la madre Teresa en su proceso de canonización. Pero también dedicó muchas páginas a celebrar la amistad, la libertad, la razón y los libros, tanto en sus memorias como en *Amor, pobreza y guerra*, *Unacknowledged legislation* o *Arguably*. En su obra surge constantemente una tradición, en buena medida británica y literaria, que a menudo parecía su instrumento para entender el mundo. Además de Shakespeare, en ella figuran iconoclastas como Byron y Wilde, y autores de posiciones ideológicas muy distintas de las suyas, como Kipling, Auden, Waugh, Wodehouse, Powell o Larkin. Por encima de todos está George Orwell, al que dedicó un ensayo iluminador y que fue una referencia constante. Trotski, Marx y los debates de la extrema izquierda, decía, habían sido una escuela argumentativa, y le apasionaban los disidentes y los apóstatas: de Sócrates a Ayaan Hirsi Ali, pasando por

Spinoza y Voltaire. Su antología *Dios no existe* es casi una historia de la libertad de pensamiento, y defendía a Estados Unidos como república ilustrada, basada en la libertad, la ley y la separación entre Iglesia y Estado: criticó las traiciones a ese ideal y escribió varios ensayos sobre los Padres Fundadores y dos hermosas biografías breves de Thomas Jefferson y de Tom Paine.

A Hitchens le gustaba encontrar las contradicciones de los demás y disfrutaba señalando las suyas. Se equivocó en algunas cosas, pero supo cambiar de opinión y acertó en aspectos esenciales: en su apología del individuo y la razón frente a las tiranías celestiales y terrenales, en su rechazo a la hipocresía y el dogmatismo, en su determinación de “combatir a los absolutistas y a los relativistas al mismo tiempo: sostener que no existe una solución totalitaria e insistir al mismo tiempo en que, sí, los de nuestro lado también tenemos convicciones inalterables y estamos dispuestos a luchar por ellas”. Acertó al señalar que es más importante cómo se piensa que lo que se piensa; que, cuando uno defiende una causa, debe correr el riesgo de ser un pesado, o de verse lejos de su tribu y en compañía poco recomendable. Esa defensa de la libertad de pensamiento va unida a una idea de la responsabilidad:

La labor habitual del “intelectual” es defender la complejidad e insistir en que los fenómenos del mundo de las ideas no deberían convertirse en eslóganes ni reducirse a fórmulas fáciles de repetir. Pero existe otra responsabilidad: decir que hay cosas sencillas y que no habría que oscurecerlas.

Bill Keller ha escrito que Hitchens tendía a tomarse el extremismo islámico como algo personal. Ese tono de implicación y cercanía, que lograba a través de una escritura extrañamente conversacional y de un narcisismo mitigado por la capacidad de reírse de sí mismo,

estaba en muchos de los temas que trataba y era una de sus grandes virtudes. Contagiaba el entusiasmo, transmitía un horror casi físico por el totalitarismo y creaba complicidad con el lector. Se nota en algunos tributos que se han escrito después de su muerte: muchos esperábamos conocer la opinión vehemente y lúcida de Hitchens sobre lo que pasaba en el mundo. Para mí, leer y traducir sus textos ha sido un gran placer, pero sobre todo una educación. —

MIGRACIÓN Y LITERATURA

PAISANOS INVISIBLES

✎ RAFAEL LEMUS

Atiéndanse las cifras. Según un informe del Pew Hispanic Center, en Estados Unidos hay 31 millones de personas que se reconocen a sí mismas como mexicanas. De acuerdo con otro reporte del mismo centro, más de seis millones de ellas viven y trabajan ahí ilegalmente. Aparte: en un periodo de apenas diez años, entre 2000 y 2010, nacieron 4.2 millones de niños y niñas que el censo de población estadounidense registra como *mexican-americans*. Es decir: si confiamos en esas cifras y categorías, uno de cada cuatro mexicanos nace hoy fuera de las fronteras del país.

Atiéndanse, ahora, las obras culturales producidas en México que se ocupan de esas multitudes. Unas pocas películas, inexorablemente melodramáticas. Algunas puestas en escena. Un puñado de imágenes. Poquísimos relatos y novelas. Agréguese a ese gigantesco déficit de representación el desinterés casi unánime del campo cultural mexicano por todas aquellas obras creadas por los propios migrantes. ¿Qué queda? Está claro: una comunidad enorme, casi invisible.

Es curioso que esos millones de migrantes —legales o ilegales— tampoco atraviesan con frecuencia el marco de la así llamada literatura del norte. Extraño producto: una

narrativa situada en los márgenes geográficos del país, obsesionada con la frontera, que sin embargo rara vez atiende el paso de los trabajadores mexicanos y menos todavía su vida del otro lado. Dicho de otro modo: cientos de relatos y novelas sobre la frontera que, en vez de referir el tránsito fronterizo, a menudo se quedan atornillados. ¿Atornillados a qué? A cierto mito de la frontera. A la idea, sin duda cierta, de que ahí, y no en el centro, se pandea y quiebra el imaginario nacional. A la teoría, desde luego muy discutible, de que ahí, y no en otra parte, ocurren los procesos de contacto, hibridez y resistencia más significativos.

En este y otros aspectos *Señales que precederán al fin del mundo* (2009), la estupenda segunda novela de Yuri Herrera, es una feliz excepción. Para decirlo en una frase: es un salto al otro lado. Literalmente: rebasa los límites de la narrativa del norte y se cuela en territorio estadounidense. A primera vista, la novela no presenta demasiadas novedades. Su trama es sencilla: una joven –Makina– abandona su pueblo, perdido en algún lugar del altiplano mexicano, y parte rumbo a Estados Unidos en busca de su hermano. Las anomalías no descansan ahí sino en otra parte: en la pereza con que se describen ciertos ambientes mexicanos, en la velocidad con que se despacha el cruce de la frontera, en el sutil desplazamiento del foco de atención. Sobre todo eso: Herrera (Actopan, 1970) fija su atención un poco más allá de la frontera, en una sociedad estadounidense sin nombre; y, de pronto, todo se transforma. Cambia el escenario: ya no los límites del Estado nacional sino sus afueras. Cambia el problema: ya no el contacto sino la cohabitación, aun más problemática, de gringos y mexicanos. Cambian los personajes: ya no sujetos híbridos sino de plano desarraigados –los paisanos que viven y trabajan y negocian su identidad del otro lado.



+Presencia chicana en el barrio Pilsen de Chicago.

Es difícil encontrar en el archivo de la literatura mexicana un retrato más amoroso de los migrantes. ¿Ese español mestizo, saltarín, que se habla en Estados Unidos y que rechina en los oídos más patrióticos? “Una lengua intermedia [...] maleable, deleble, permeable”, “una metamorfosis sagaz, una mudanza en defensa propia”, “una franja difusa entre lo que desaparece y todavía no ha nacido”, “el mundo sucediendo nuevamente”. ¿Esos migrantes ya habituados a la vida del otro lado?

Son paisanos y son gabachos y cada cosa con una intensidad rabiosa; con un fervor contenido pueden ser los ciudadanos más mansos y al tiempo los más quejumbrosos aunque a baja voz. Tienen gestos y gustos que revelan una memoria antiquísima y asombros de gente nueva.

¿Esos trabajadores que un día deciden no volver y que tanto ofenden al orgullo chovinista? La novela construye y defiende el caso de un joven, el hermano de Makina, que desoye altaneramente los llamados de su madre y opta por inventarse un nuevo personaje, ya libre de los documentos de identidad emitidos por el Estado mexicano. Es como si la obra dijera: esas conductas –no comprensibles desde una ética nacionalista– también valen; esas identidades, ya posnacionales, también cuentan, y miren cómo no se fijan, cuánto bailan.

Puede parecer poco importante desplazar los reflectores y alumbrar el otro lado de la frontera. Puede parecer también intrascendente invertir la representación habitual de los migrantes y presentarlos ya no como seres en falta, carentes de identidad, sino como sujetos plenos, incluso rebosantes. Es lo contrario: *Señales que precederán al fin del mundo* es una de las pocas novelas ¿mexicanas? relevantes de los últimos años y lo es justamente porque afecta –o mejor: porque contribuye a desestabilizar– los discursos hegemónicos sobre la identidad nacional. Ya se sabe: esa ilusión, la *identidad mexicana*, se construye, como cualquier identidad nacional, a partir de la previa definición de un Otro. Se dice: allá están los otros, los gringos, y son de esta y aquella manera. Se agrega: acá estamos nosotros, los mexicanos, y somos de este y ese modo. Lo que hace esta novela –lo que hacen todas esas obras que iluminan favorablemente a los mexicanos que viven del otro lado– es reventar esa dicotomía y reconocer que, entre un extremo y otro, existen múltiples subjetividades intermedias: seres en tránsito que desbordan los esquemas. Podría decirse en otros términos: esas obras ayudan a ampliar el marco identitario, a agrandar el repertorio de posiciones-sujeto (Foucault).

Desde luego que el planteamiento de *Señales que precederán al fin del mundo* puede resultar, al final, problemático. Si se le mira con ánimo sociológico, la novela parece

atenuar las dificultades materiales de los trabajadores ilegales. Si se le juzga con fervor nacionalista, no parece repetir la típica rutina antiyanqui. En un sentido es cierto: el libro entrega un retrato polémico, fácilmente discutible, de la migración mexicana. Pero ¿es que podía ser de otro modo? Hay que ser honestos y aceptar que no hay manera de adoptar una postura cómoda ante el fenómeno de los migrantes mexicanos —sobre todo si son ilegales— en Estados Unidos. Una de dos: o uno asume una postura más bien entusiasta y celebra la vitalidad y diferencia de los migrantes, o uno adopta una postura más bien crítica y lamenta sus precarias condiciones de vida. De un lado se corre el peligro de ser un tanto cándido y obviar las injusticias que padecen; del otro, el riesgo de ser tremendista y negarles toda posibilidad de agencia y alegría fuera del país. En un extremo, una invitación al vacío: *desarráigate, reinvéntate*; en el otro, una advertencia de lo más conservadora: *detente, no cruces, quédate donde estás y vive la vida que te ha sido asignada*.

Al final, como no existe una postura idónea ante el asunto, la mayoría de nuestros escritores opta —ha optado a lo largo de los años— por lo más sencillo: desviar la mirada. Pero ya se sabe —Yuri Herrera sabe— que los otros no desaparecen solo porque dejemos de mirarlos. Ahí están: y son millones. —

CRÓNICA ROLLING THUNDER

Nos buscamos a nosotros mismos en todo.

En cualquier sitio que paremos.

Sam Shepard, *Rolling Thunder*

✎ BRUNO H. PICHE

Las infinitas praderas de Dakota, apartadas de todo, al mismo tiempo calmas y vertiginosas, demasiado cielo abierto, sin un alma que se asome en ningún rincón de esas mesetas monumentales, antiguos dominios del búfalo americano.

Si el lector de esta historia dispusiera del tiempo necesario y utilizara el Google Earth al menos unos veinte minutos escrutando desde las alturas los valles de Dakota, después de fatigar al localizador universal encontraría una casa de campo, más bien una casucha en completo mal estado, rodeada de trastos inservibles y chácharas de toda especie esparcidas alrededor de la propiedad —una imagen parecida a otra que aparece en cierta película de Jim Jarmusch—.

Es casi medianoche, la luz que emerge de las ventanas simula un faro en medio del estado de Dakota. El problema, por así decirlo, es que ningún pescador encontraría guía ni consuelo alguno en ese haz de luz que resplandece visible al menos cuatro millas a la redonda.

La casa en cuestión, cuyos exteriores están sembrados de despojos materiales —motocicletas dinosaurias, destartadas, sierras para cortar madera, herramientas inservibles, una tina de baño corroída por la herrumbre, unas sillas de montar con el cuero completamente podrido—, está habitada por una pareja de cincuentones, que a esa hora visten: ella, una bata que parece escrupulosamente roída por ratas de campo; él, un *t-shirt* tan gastado que a través del algodón se transparente su vello pectoral, como en una mala radiografía.

Al final, es decir después de todo, parece una noche ordinaria, una noche más en una casa ubicada en la colina más recóndita del estado de Dakota.

No por favor, no otra vez, dice en tono casi de súplica Jesse, la novia de Tommy, quien sin reparar en ella, en su lastimosa y al parecer, por el tono de voz, justificada petición, recita de memoria “Quién iba a decir”, uno de esos textos fragmentarios, a veces incoherentes, a veces geniales, que hay en los libros de Sam Shepard:

Quién iba a decir que los ingleses conquistarían nuestra música. Quién iba a decir que nuestra

música conquistaría el mundo. Quién iba a decir que África conquistaría América. Quién iba a decir que lo indios conquistarían a los franceses. Quién iba a decir que Brecht conquistaría la cabeza de Dylan. Quién iba a decir que el tiempo estaba de nuestro lado.

Maldita sea, cómo quisiera preguntarle a Sam, dice Tommy, si al hablar de Dylan se refiere a Bob o al irlandés Thomas. Tengo mis teorías, y creo que se trata más bien de Bob, agrega, después de todo estamos hablando de dos tipos que se conocieron y tuvieron intercambios espirituales, introspectivos y esenciales. Recuerda el papel de cronista que tuvo Sam en la gira de *Rolling Thunder Revue*.

De lo que estamos hablando, responde Jesse con una especie de cariñoso fastidio que remite a cientos de conversaciones anteriores sobre el mismo tema, es de dos tíos que tú jamás has conocido, si bien te sabes la vida de Dylan mejor que la de mi madre y mis hermanas, y no se diga de Sam Shepard: a veces he pensado que a ratos crees que eres su doble.

¿De qué rayos hablas, mujer? Jamás he alucinado con ser el doble de Sam Shepard ni de nadie más, me doy por bien servido con apenas haber logrado ser yo mismo.

Ahora bien, eso no significa que, en efecto, piense que Sam Shepard



✎ Sam Shepard.

es un genio. ¿Quién más es capaz de decir –aquí Tommy vuelve a recitar de memoria– que en el pasado existió algún tipo de estructura y que de algún modo los fantasmas podrán curar nuestro estado de locura actual? ¿Quién, Jesse, dímelo, quién? Te recuerdo que se trata de un pasaje de la crónica que escribió acerca de *Rolling Thunder* y sus andanzas con Dylan. Es simplemente genial, si tan solo la nación hubiera escuchado.

Sigo pensando que estás obsesionado con la figura o el personaje, qué sé yo, de Sam Shepard. Mira que venir a hablar a estas alturas de las capacidades redentoras de una improvisada gira por toda Nueva Inglaterra en todo tipo de cuchitriles, bares pestilentes, clubes de jubilados, auditorios de escuelas destartadas a finales de los setenta. Nada más recordar al loquito de Allen Ginsberg haciéndose pasar por sumo sacerdote de una bola de mariguanos y empastillados me mata de risa.

Pues no seré Sam Shepard, respondió Tommy con aire indignado, pero recuerda que nos ausentamos unos días de clases para alcanzar y escuchar tocar a la banda, y que escribí mi propia crónica acerca de *Rolling Thunder Revue* en el periódico del *college* y que el texto fue bastante bien acogido en aquellos años de depresión colectiva en la que nos tenía Carter, el idiota tabacalero.

Poco después, a principios de los ochenta, en los malditos años ochenta del vejete Reagan, tú misma me descubriste otros textos maravillosos de Shepard, como aquel incluido en su libro *Luna balcón*, ¿no lo recuerdas? “Vamos a romperlo todo.” ¡No, santo dios! ¡Por favor no, Tommy! ¡Guau, qué tiempos aquellos! ¡Sí, vamos a romperlo todo!

Bombo pedal fantasma crepitación de platillos sombrero de copa el viejo estilo *dixieland* New Orleans de decirlo llevar una orquesta de montañeses del sur al rock al rock duro al soul *rhythm and blues* una pelea entre la guitarra solista

y el piano quién domina la guitarra vence claro los líos interiores de una orquesta que el público no ve nunca la diferencia constante entre dentro y fuera el que actúa y la actuación la experiencia y lo que ellos experimentan El *Rock and Roll* es indudablemente lo mejor y siempre lo será El *Rock and Roll* hizo que el cine el teatro los libros la pintura y el arte se fueran a la mierda nada de todo eso ha aguantado no pueden con The Who The Stones y los viejos Yardbirds Credence Traffic The Velvet Underground Janis y Jimi y todos los demás la constante frustración de los demás artistas por no rezagarse de la música de nuestro tiempo *Rock and Roll* jamás morirá pero qué me dices de la novela el teatro y toda esa cultura...

¡Basta, Tommy! ¡Cierra ese maldito pico antes de que te corte el pescuezo! ¿Acaso te estás volviendo loco? No sé, la edad y este maldito aislamiento en medio de la nada. ¿Quizá estés pasando por una especie de menopausia masculina?

Lo niegas, pero de alguna manera, en apariencia sana porque es obvio que no eres un demente bipolar, estás obsesionado con Sam Shepard o lo que queda de él.

Mira a tu alrededor, cariño. Ni siquiera soy rubia como Jessica Lange, y esos dos, pareja de cretinos multimillonarios, hace tiempo que no viven en Dakota ni en Montana. ¿Acaso no sabes que se mudaron a Hollywood desde hace años? ¡Hollywood, por dios! ¿Me escuchas? ¿Entiendes lo que te digo?

Claro que lo entiendo, no estás hablando con un idiota. Pero este país necesita retomar sus raíces vaqueras, aventureras, ir en busca de algo más que un pasado inventado en Washington y en las universidades. Me refiero a un auténtico pasado, como el que proyecta Shepard en su mejor libro, *Crónicas de motel*, basta de ser un país de cretinos condescendientes.

Es hora de recuperar el país, de volverlo a intentar.

Tommy vuelve a recitar de memoria un pasaje de *Rolling Thunder: con Bob Dylan en la carretera*, relacionado con un concierto en el salón de juegos del hotel Seacrest, en Falmouth, Massachusetts, ante cientos de señoras judías entregadas de lleno al dominó chino, también llamado *mahjong*.

Hace sólo unos minutos este lugar tenía una atmósfera mortalmente espesa de tensión y de incomodidad, y ahora, en un momento, le ha quitado el tapón. Ha inyectado en la sala una emoción vivificante de gran fuerza. No es el tipo de energía que aparta a la gente de las profundidades, sino de la que aporta coraje y esperanza y sobre todo trae al primer plano la vida que late. Si es capaz de hacer esto aquí, en el puro invierno, en un hotel de la costa fuera de temporada y repleto de menopausia, no es ninguna sorpresa que pueda conmover a toda la nación.

Joder contigo, Tommy, ya logras-te confundirme más aún: ¿ahora aspiras a ser Dylan o Sam Shepard? Es tarde, me voy a la cama.

Adelante, dijo Tommy. Es como dijo Eliot: el género humano no puede soportar tanta realidad. Vayamos poco a poco, sí: empeemos por recuperar al viejo búfalo que antecedió nuestra presencia en estas tierras.

¿No has oído en las noticias acerca del científico ese, un surcoreano que logró clonar ocho coyotes? Un tal Hwang Woo-suk. Habría que ofrecerle una buena cantidad de dinero y ponerlo a trabajar aquí mismo.

Habría que comenzar por traer de vuelta al búfalo americano, recibir su sabiduría, basada en la quietud y la vida al aire libre.

Buenas noches, Tommy. Buenas noches, Jesse. —

JUSTICIA

ESCRIBIENDO LA HISTORIA ARGENTINA

GRACIELA MOCHKOFSKY

En la noche del 26 de octubre último, un tribunal oral federal de Buenos Aires dictó una de las sentencias más impactantes contra los militares que secuestraron, torturaron, asesinaron y “desaparecieron” a miles de personas durante la última dictadura militar argentina. Hubo doce cadenas perpetuas, empezando por el excapitán Alfredo Astiz, icono de la perversidad de la represión clandestina, y cuatro condenas a más de veinte años de prisión. El fallo, que no es el primero ni será el último, marcó simbólicamente, sin embargo, el final de un periodo histórico teñido por la falta de justicia o la justicia a medias. Lo que comenzó con el golpe militar de 1976 termina, 35 años más tarde, con la aplicación de la ley, satisfecho el reclamo de justicia. Pero parece que este no será el final de la historia.

En la lectura de las sentencias, el tribunal agregó un reclamo inespereado al Estado argentino: le pidió que gestionara ante los organismos internacionales que la persecución política, o “politicidio”, fuera agregada a la definición de “genocidio” en la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio. El tribunal explicó que dos de los acusadores (la causa tuvo múltiples víctimas representadas por distintos abogados) habían pedido condenas por genocidio y, como el caso argentino no encajaba en la definición de la Convención, era preciso reescribirla.

El reclamo sorprendió al país, incluyendo a los organismos de derechos humanos. Si los juicios a los militares avanzan sin mayor dificultad —hay 263 condenados y unos mil quinientos procesados esperan su turno en prisión—, ¿qué importancia tiene en Argentina discutir la definición de genocidio?

La palabra es creación de Rafael Lemkin, un abogado polaco de origen judío que escapó al Holocausto, desarrolló una carrera académica en los Estados Unidos y fue asesor del Departamento de Guerra. Lemkin sostenía que la comunidad internacional debía definir y penalizar la eliminación masiva de grupos humanos. Su trabajo se basaba no en la matanza contra los judíos sino en la de los armenios por los turcos (“¿Quién se acuerda de los armenios?”), arengó famosamente Hitler a sus oficiales antes de iniciar la invasión a Polonia). Su prédica dio resultado y en 1946 las Naciones Unidas definieron por primera vez “genocidio” como “una negación del derecho de existencia a grupos humanos enteros”. Este crimen de “derecho internacional” podía ser “cometido sea por motivos religiosos, raciales o políticos o de cualquier otra naturaleza”.

La inclusión del causal “político” fue rechazada por el bloque comunista por presión de la Unión Soviética, bajo el liderazgo de Stalin, y en 1948, cuando la Asamblea General adoptó la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio que aún está vigente, fue eliminado. El genocidio quedó limitado a la destrucción total o parcial de “un grupo nacional, étnico, racial o religioso”.

Desde entonces hubo numerosos intentos por reinterpretar la letra de la Convención (a la que se han adherido 133 países) para incluir la causalidad política. El primero con relevancia para la Argentina ocurrió en 1996, cuando el juez Baltasar Garzón encontró una grieta en la legislación española para juzgar a los represores argentinos que, hasta ese momento, estaban en libertad por las amnistías y el indulto dictados entre 1987 y 1990. La ley española permite condenar por genocidio, y Garzón sostuvo que eso exactamente había ocurrido en la dictadura argentina:



Alfredo Astiz: cadena perpetua.

Una acción de exterminio que no se hizo al azar, de manera indiscriminada, sino que respondía a la voluntad de destruir a un determinado sector de la población, un grupo sumamente heterogéneo, pero diferenciado.

Garzón apeló a la calificación de “grupo nacional” que incluye la Convención para argumentar que no significaba

“grupo formado por personas que pertenecen a una misma nación” sino, simplemente, grupo humano nacional, grupo humano diferenciado, caracterizado por algo, integrado en una colectividad mayor.

En el caso argentino, ese grupo había sido “político”. Garzón entendía que los grupos políticos estaban incluidos en los grupos “nacionales”, y agregó que, aunque la Convención no los especificaba, tampoco los excluía expresamente.

La justicia argentina dio cuenta de estos argumentos en un fallo histórico, de marzo de 2001, que declaró que las leyes de amnistía eran inconstitucionales. Sin embargo, el fallo concluyó que la calificación de genocidio era irrelevante porque carecía

“de consecuencias prácticas”. Es que el código penal no contemplaba la figura; por lo tanto, la justicia no podía juzgar por ese crimen. Alcanzaba con declarar como “crímenes contra la humanidad” al asesinato, la tortura, los secuestros cometidos durante la dictadura; así, eran imprescriptibles y debían ser juzgados.

En 2003 llegó al gobierno Néstor Kirchner y puso el Estado al servicio de la causa de los derechos humanos: impulsó los procesos judiciales, renovó la Corte Suprema de Justicia, y esta derogó los indultos, acusó a los tribunales que demoraban o impedían el avance de las causas, se alió con los organismos de derechos humanos, etcétera. En los años que siguieron, la versión del genocidio apareció contadas veces, como una posición minoritaria incluso entre los organismos de derechos humanos.

La blandió el colectivo Justicia Ya, vinculado a un partido trotskista. En 2006, la reivindicó un juez de la ciudad de La Plata, Carlos Rozanski, al condenar a cadena perpetua a Miguel Etchecolatz, exjefe de inteligencia del temible represor Ramón Camps, por secuestros, torturas y asesinatos; al leer la sentencia, el juez planteó “la necesidad ética y jurídica de reconocer que en la Argentina hubo genocidio”. Citó el debate de 1946 en Naciones Unidas e interpretó, como ya había hecho Garzón, que la clasificación de “grupo nacional” es equivalente a la de grupo “político” ya que en la dictadura se persiguió a una “parte sustancial del grupo nacional”.

Luego, hace unos meses, un fiscal pidió una condena por genocidio (que no obtuvo), un juez de la provincia de Tucumán votó por lo mismo (en minoría) y un juez de la provincia de Mendoza condenó por crímenes ocurridos “en el contexto” de un genocidio. El tema fue también motivo de conflicto en las llamadas “megacausas” —que

agrupan numerosos casos cometidos en un mismo campo clandestino—, cuando algunos de los abogados que representaban a las víctimas plantearon una estrategia común que pidiera condenas por genocidio. No hubo acuerdo y las defensas se presentaron por separado.

El siguiente hecho relevante fue el reclamo del tribunal que condenó a Astiz. Su presidente, Daniel Obligado, argumentó luego de la sentencia que

un juez local no puede aplicar la Convención directa en su país si el tema [del “politicidio”] no está en la Convención (...) En su momento, Stalin abogó para sacarla, pero debe ser incluida y no solamente hacerse cargo del caso argentino sino de otros tantos lugares del mundo donde hay persecuciones políticas.

Aunque lo impulsa un sector del poder judicial, este cambio no tendría consecuencias jurídicas. El consenso entre abogados es que, para tenerlas, el delito de genocidio debería ser incorporado al Código Penal, y aún así solo regiría hacia el futuro. Enrique Fukman, de Justicia Ya, asegura que permitiría ampliar la condena a los “cómplices” de la dictadura —porque lo que ocurrió en Argentina, en su opinión, fue un genocidio que apuntó a reestructurar la sociedad social y económicamente, y los poderes económicos deben ser juzgados—, pero admite que el debate central es “político”.

Si el Estado impulsará la reescritura de la Convención es todavía una incógnita. Pero la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación opina que, aunque no es posible condenar por genocidio, es preciso decir que los delitos ocurrieron “en el marco” de un genocidio. En palabras de un fiscal federal, lo que se discute

es qué le van a enseñar a tu hijo en la escuela en el futuro: si en

los años setenta hubo una lucha armada, si hubo una insurgencia que fue reprimida, o si hubo un genocidio.

En las últimas tres décadas, se han sostenido distintas versiones sobre lo que ocurrió: una “guerra sucia”, un enfrentamiento entre “dos demonios”, terrorismo de Estado desatado sobre un grupo de militantes armados... ahora, genocidio. Lo que está en juego, entonces, no es la justicia sino la Historia. Cuál será su veredicto, no lo sabemos. Recién se está escribiendo. —

TECNOLOGÍA ¿ADIÓS AL PAPEL?

✎ MARÍA VIRGINIA JAUJA

Las preguntas podrían ser: ¿qué puede darnos, qué podemos pedirle y en qué puede decepcionarnos todo esto de la cultura en la era de su distribución electrónica (incluido el libro)?

Tendremos que aceptar el hecho de que nos será imposible responderlas aquí, sin embargo son cuestiones que deben plantearse y discutirse desde muchos lugares y cuanto antes se haga mejor. Ya que lo cierto es que estamos viviendo un momento de grandes conmoviones en el que están teniendo lugar mutaciones en el hacer, en el representar y en el distribuir los objetos culturales, pero también en el sentido más profundo de dichas producciones: en cómo ellas están siendo recibidas y haciéndose a su vez, productivas o no.

Lo que estamos viviendo es un cambio de paradigma, lo que Foucault llamó salto epistémico de enormes e incalculables proporciones, que solo será posible analizar en el sentido antropológico de todo el conjunto del dispositivo cultural.¹

Pero ¿adónde nos van a llevar todas estas mutaciones? El pánico

¹ José Luis Brea, *Cultura_ram*, Barcelona, Gedisa, 2007, 256 pp.

no solo está en el aire sino que lo hemos visto aparecer en varias ocasiones (ya sea en el reciente Simposio Internacional del Libro Electrónico² o en Formentor³). Por citar solo dos de los encuentros culturales recientes en el ámbito de nuestra lengua, en los que este temor se ha hecho manifiesto: ha cobrado cuerpo.

Quizá uno de los principales detonantes de este miedo ha sido que los grandes grupos editoriales han visto el fracaso de su primera plataforma de distribución, y este les ha impulsado a contagiar a otros su falta de confianza. En primer lugar a los autores que están asustados de que sus obras se pierdan en la inmensidad de la red, o los plagien, y están siendo inducidos a firmar contratos vergonzosos y a perseguir a sus propios lectores. También se lo han transmitido a los editores, a quienes se les ve inquietos por el supuesto trabajo añadido que supone un cambio de “formato” (y que en realidad es un temor a lo desconocido), y finalmente han contagiado a los agentes literarios que temen que la piratería haga mermar las ganancias de sus “autores estrella” (lo cual hasta ahora ha demostrado ser falso), y una vez lanzada esta enorme ola de incertidumbre no hay quien participe del mundo de la producción simbólica que no manifieste suspicacias ante los cambios que estamos viendo y que aún nos falta por ver.

Sin embargo, en lugar de dejarse arrastrar por el pánico generalizado y quedarse inmóviles, habría que reflexionar detenidamente no solo en lo que se nos presenta hoy como revolución técnica (otra más, o siempre la misma), sino que valdría la pena también analizar –sin caer en un optimismo ingenuo o una defensa a ultranza de la tecnología– y pensar en lo que hasta

ahora se ha construido, en qué se diferencia o se debería diferenciar el libro en papel del libro electrónico y qué de las formas de producción y distribución “ordinarias” ha fracasado, y de manera simultánea actuar con cierta celeridad. Ya que la velocidad también juega un papel en el que las producciones culturales en castellano se están quedando rezagadas.

Inspirada por un espíritu benjaminiano, diría que delante de nuestros ojos se dibuja un escenario que aún no existe y cuyo valor reside en la potencia con la que sitúa la necesidad de un cambio de paradigma. Sin dejar de ser consciente de los peligros que entraña “el progreso”, y sin caer en el fatalismo ni en un optimismo ingenuo, es posible que este sueño infinito de los libros en la biblioteca virtual no se cumpla como pesadilla sino como liberación del pensamiento, como única posibilidad infinita que se oponga al instinto de la humanidad por la destrucción. Dependerá del trabajo que hagamos y de nuestro nivel de implicación.

Porque hoy tendríamos una oportunidad de hacer real una distribución del pensamiento basada en los principios de equidad y de igualdad (no deo de imaginar lo que habría hecho una iniciativa de democratización de la educación y de la cultura como la de Vasconcelos con las herramientas con las que contamos hoy), y aquí es imprescindible señalar el papel del Estado como defensor de unas políticas culturales que no se paralicen ante el miedo que buscan sembrar los corporativos, que impidan el monopolio de la cultura en nuestra lengua y que promuevan e incentiven las industrias culturales independientes, que son las que finalmente (al no estar sometidas a relaciones de intereses políticos y del gran capital) realizan la pequeña y ardua labor de la producción simbólica con libertad crítica; y, por último, que sin ir en contra de un orden económico establecido, se defiendan

y se facilite el acceso de los ciudadanos a dichas producciones. Es decir, que hagan de nuestra lengua, en ese espacio infinito que es la red, un hogar productivo.

En varias ocasiones he escuchado, como uno de los argumentos con los que se quiere sembrar desconfianza ante la inminente presencia del libro electrónico, que la lectura ya no será igual. Esto es verdad. La magnitud de los cambios que se están registrando con las mutaciones de la cultura es tal que no solo la manera de leer está cambiando, sino que las funciones de nuestro cerebro también. Todavía no sabemos cuáles serán los resultados de estos cambios.

Pero cuando se argumenta esto como un efecto negativo que conlleva la tecnología, se suma a la afirmación de que la distribución del libro electrónico no asegura que la gente lea estos libros, o los lea “bien”. Sin embargo, tampoco las ventas del libro en papel nos pueden asegurar que sean leídos y mucho menos “bien leídos” (mucha gente compra libros y los atesora pero sin abrirlos jamás, mucho menos leerlos). Y aquí debemos hacer énfasis en que el libro en papel está sumido en una lógica de producción capitalista que dista mucho de estar interesada por la calidad de la lectura y cuyo principal escollo es la distribución.

Para entendernos, lo que se ha demostrado, hasta ahora, es un temor a perder el control del “negocio” con la irrupción de la inmaterialidad de “lo digital” que lo libera del fetichismo “objetual”, y no una preocupación real por la calidad de las producciones en sí mismas y de la lectura (que la gente tenga la posibilidad de leer más y goce del acceso a la cultura y al pensamiento), pues resultaría mucho más fácil y más económico distribuir libros por internet.

Es por ello que el papel del Estado es fundamental y no deja de sorprendernos que todavía hoy brillen por su ausencia unas políticas gubernamentales en la

² Realizado en el Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México del 19 al 21 de septiembre de 2011.

³ Véase en www.conversesformentor.com/novetats/index.php?i=es&id=12

materia en las que se incluya a todos: se haga red. Más allá del tímido —y sin embargo necesario— gesto del Simposio del Libro Electrónico al que ya me referí, es deber de la institución cultural mexicana comenzar a presentar, a escuchar y a discutir propuestas con representantes de todas las industrias culturales relacionadas con el libro: la propiedad intelectual, la distribución y el acceso al patrimonio literario mexicano, entre otros muchos temas relacionados. Pues el libro, ya sea de papel o en formato electrónico, precisamente es ese *lugar* al que todos queremos y deberíamos poder llegar, él también —sin importar el soporte— ha sido y seguirá siendo ese patrimonio nómada ahora más que nunca tanto por su condición inmaterial como por su ubicuidad, en donde reside nuestro *bien más preciado*: nuestra lengua. —

IN MEMÓRIAM DANIEL SADA (1953-2011)

ARMANDO ALANÍS

A Daniel lo conocí jugando ajedrez. El primero que me habló de él fue Alberto Madero, en Madrid. Lo había conocido en Torreón, donde Daniel pasó una temporada coordinando talleres literarios. También fue jurado en un concurso de poesía, y el resultado causó tal controversia entre los poetas jóvenes que un periódico local publicó réplicas y contrarréplicas. Por varias semanas, la poesía fue asunto de primera plana.

En Torreón, Alberto me regalaría un ejemplar de *Juguete de nadie y otras historias* y, ya en la ciudad de México, me topé con Daniel en un evento literario. Al saber que yo jugaba ajedrez me retó a una partida en un café de la Roma. A partir de entonces nos reuníamos con frecuencia a jugar, ya fuera en su casa o en la mía, o en el café La Selva, de la Condesa.



+Parece mentira, Daniel Sada ya no está con nosotros.

Me regaló *Registro de causantes*, el libro con que ganó el Xavier Villaurrutia, y a lo largo de los años me iría regalando ejemplares firmados de cada uno de sus libros. Los leí todos, los disfruté y también los sudé, porque no es fácil hincarle el diente a una prosa que combina de manera tan peculiar el habla cotidiana con vocablos cultos; una prosa audaz, tan innovadora y única que con justicia puede afirmarse que Sada inventó un nuevo lenguaje, el suyo. Presumo de haber leído en tiempo récord, de la primera a la última palabra, *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*; fui uno de los presentadores, en Tijuana.

Cuando hablaba de su obra, Daniel se refería con cariño a la novela *Albedrío*, sobre los gitanos que recorrían en otros años los pueblos del desierto. Esa novela —mi favorita, por cierto— lo había rescatado de una etapa desenfadada de su vida. Se levantaba a escribir-la todos los días a las cuatro de la mañana, para más tarde ir a su trabajo.

Pronto entré a su célebre taller de novela, donde estuve tres años. Aparte de la literatura y el ajedrez,

teníamos otras afinidades, como el beisbol. En el fut, le íbamos a las Chivas. Además, ambos éramos norteños. Sada nació en Mexicali, pero vivió su infancia y adolescencia en Sacramento, Coahuila. Una vez que coincidimos en la Feria del Libro de Saltillo, lo acompañé en un rápido viaje a Sacramento. Se trata de uno de esos pueblos que crecen a la orilla de la carretera: unas cuantas casas, una plaza, una escuela, un par de fonditas y nada más. Jugamos ajedrez con un primo suyo, ya entrado en años, que durante la comida se puso a contarnos historias de aparecidos para terminar hablándonos de ovnis.

A principios de los noventa nos reuníamos a jugar ajedrez los sábados, en la cafetería de la Gandhi, con otros amigos escritores. El grupo fue creciendo, y empezamos a organizar torneos, los jueves, en la casa de alguno de nosotros. Daniel pronto dejó de asistir. Él era muy amigo del GM Marcel Sisniega —quien llevó al cine *Una de dos—*, y él le decía que para aspirar a la élite ajedrecística había que comenzar a los cuatro años, y dedicar quince o más horas

diarias al estudio del juego ciencia. A nuestra edad, nosotros ya no teníamos posibilidades de llegar a ninguna parte.

Inolvidables aquellas tardes en que íbamos al viejo parque de beisbol del Seguro Social. Daniel era todo un experto, y le gustaba citar viejos dichos: “Las carreras que no hagas, te las harán a ti”, así como alguno de su propia invención: “Casa llena, corazón contento.” Decía que no quería escribir del tema, aunque uno de sus mejores cuentos recrea, con deliciosa ironía, un juego llanero. En la Liga Mexicana, le iba a los Diablos; en las Grandes Ligas, a los Yanquis. “Me gusta tanto el beisbol que hasta me da miedo”, confesaba. Mientras el juego avanzaba, ingería sin remordimientos todo lo que ofrecían los vendedores: taquitos de cochinita pibil, habas con salsa, semillitas, capuchinos, refrescos, una cerveza.

En nuestras pláticas sobre literatura mexicana, a Daniel le divertía muchísimo lanzar dardos envenenados; solo de vez en cuando, entre risas, elogiaba a un narrador vivo. A veces, por ejemplo, reconocía que tal nueva novela era buena, pero comentaba al final: “Tampoco es la gran cosa.” A quien más admiraba era a Rulfo, que había sido su maestro en el Centro Mexicano de Escritores. “Tiene grandeza”, decía. “Nos hace falta otro Ibarra Güengotía”, decía también, aunque al guanajuatense, en su opinión, le faltaba misterio. De los clásicos, veneraba a Dante. Entre Joyce y Proust, votaba por Joyce.

Según él, los narradores que hoy en día están dando la pauta a nivel mundial son los estadounidenses, pero no todo era de su agrado. Entre Auster y DeLillo, prefería al segundo. Escritores ingleses muy en boga como Ian McEwan y Martin Amis no acababan de convencerle. El japonés Murakami tampoco.

Su memoria prodigiosa era bien conocida y apreciada por sus colegas. Muchas veces lo oí recitar de

memoria versos de grandes poetas mexicanos como López Velarde, Paz y Rosario Castellanos. En cuanto a la música, le encantaban los boleros. Era gran admirador de El Piporro; conocía todas sus canciones y dichos ingeniosos, y había visto todas sus películas.

A sus amigos nos contaba una y otra vez las mismas anécdotas, y nos reíamos a carcajadas junto con él como si nos las estuviera contando por primera vez.

Los últimos meses de su vida fueron muy difíciles. Padecía insuficiencia renal crónica, provocada por la diabetes. Yo iba a jugar ajedrez con él todos los lunes, en la sala de su casa. Tenía problemas para jugar porque su vista ya no le ayudaba, y cometía errores que en otros tiempos no hubiera cometido. Pero yo me daba cuenta de que se divertía. El último lunes que lo visité ya no pudo jugar. Pasé a su cuarto. Daniel estaba acostado, y respiraba con la ayuda de un tanque de oxígeno. Platicamos alrededor de una hora. Tocamos diversos temas, al azar. Fue una charla muy cordial, serena, entre dos amigos de muchos años. En cierto momento me dijo que necesitaba dormir un poco, y me despedí de él. Fue la última vez que lo vi. —

IN MEMÓRIAM
**VÁCLAV
HAVEL**
(1936-2011)

✎ ADAM MICHNIK

Conocí a Václav Havel durante el verano de 1978. Fue en la montaña, en la frontera entre Polonia y Checoslovaquia. En esa época, los opositores del KOR (Comité de Defensa de los Obreros, precedente de Solidaridad) y de la Carta 77 se reunían regularmente. Esos momentos tenían algo de mágicos: formábamos parte, entonces, de los inicios de la comunidad anticomunista internacional. En el transcurso de la primera reunión, nuestros amigos checos y eslovacos demos-

traron tener más imaginación que nosotros los polacos.

Al cabo de una hora, Havel se sacó de la chaqueta un pedazo de pan, un embutido y un vodka checo con un nombre encantador, “La caza” (Myśliwska); en la etiqueta aparecía un cazador ataviado con un magnífico fusil. Nos sirvió a todos un vaso y nos dijo, a Jacek Kuroń, a Jan Litynski, a Antoni Macierewicz y a mí: “A falta de un socialismo con rostro humano, bebamos un vodka con rostro humano.”

Hay que recordar que, desde la invasión soviética de Checoslovaquia (en la cual, desgraciadamente, los soldados polacos habían participado en agosto de 1968), ese país había parecido una “Biafra cultural”, por tomar la famosa fórmula del escritor comunista francés Louis Aragon.

Fue en esa época cuando tuvo lugar una anécdota de la que me acuerdo con frecuencia: en mitad de la plaza Venceslas, es decir, en pleno centro de Praga, un hombre se apoya en una fuente y vomita en ella. Un peatón se le acerca y le dice: “Señor, no puede imaginar hasta qué punto lo comprendo.” La normalización checa había sido una época de mentiras, de conformismo, de cobardía y de apatía. Václav Havel fue uno de los primeros en hablar con su propia voz, y sus palabras han sido las de un hombre fiel a la verdad y a la libertad. Cuando en Polonia leímos su célebre “Carta abierta” a Gustáv Husák, nuestros cerebros se incendiaron. La difundimos en copias escritas a máquina y luego en fotocopias.

Nuestros encuentros en la montaña eran la culminación lógica de nuestros destinos: habíamos decidido deshacernos de nuestras mordazas y afrontar la dictadura totalitaria cuerpo a cuerpo. Fue entonces precisamente cuando cristalizó la idea de publicar en común un libro que recogiera los ensayos analíticos de autores checos, eslovacos y polacos para esbozar un diagnóstico

de lo que estaba cambiando en el mundo de la dictadura comunista. De esa iniciativa surgió el célebre ensayo de Václav Havel *El poder de los sin poder*, y Havel aceptó colaborar en la revista trimestral clandestina polaca *Krytyka*, en la que en aquel momento yo también tenía el honor de colaborar.

La presencia de Havel, dramaturgo y ensayista fuera de lo común, en el comité de redacción de esa publicación clandestina siempre fue para nosotros un gran honor. No está de más recordar que Havel se distinguía de un buen número de otros disidentes rebeldes por el hecho de que él nunca había cedido a la tentación de la ideología comunista.

Václav Havel detestaba ese régimen y lo mostraba sin cesar, tanto en sus obras de teatro como en sus artículos. Recuerdo sus polémicas con el otro gran escritor checo, Milan Kundera, en el otoño de 1968: Kundera, antaño escritor comunista convertido más tarde en un opositor y crítico radical del comunismo, llamaba a los checos y eslovacos, después de la invasión soviética, a la ponderación del realismo. Václav Havel, en contra de eso, los exhortaba a oponerse. Havel no creía en absoluto en la posibilidad de un compromiso con el ocupante soviético: conservaba en la memoria la historia reciente de su país, arrasado por la dictadura estalinista.

Es preciso señalar, con todo, que Havel nunca sucumbió a las fobias del anticomunismo clásico. Entre los más bellos textos de su obra está

su ensayo sobre František Kriegel, comunista checo de origen judío polaco, que fue el único, en 1968, que se negó a firmar el protocolo de acuerdo con Moscú, *diktat* soviético contra los dirigentes encarcelados de la Primavera de Praga.

Me encontré con Havel en otras ocasiones y formé parte de los afortunados a quienes el escritor concedió su amistad. Era una de las personas cuyas ideas, intuiciones y decisiones me fueron más cercanas. Además, observaba con inquietud que pensábamos y respondíamos de la misma manera frente a los desafíos a los que nos enfrentaba el rápido curso de la historia.

Al principio de la primavera de 1989 se habían iniciado en Polonia las llamadas negociaciones de la mesa redonda: los comunistas polacos se habían sentado alrededor de una mesa con los miembros de la oposición democrática, principalmente procedentes de Solidaridad, con el fin de elaborar en común un programa pacífico de desmantelamiento de la dictadura comunista. Durante ese tiempo, Václav Havel había estado en prisión. Se produjo entonces algo asombroso: uno de los teatros de Varsovia presentó una obra del prisionero Václav Havel y el primer ministro comunista de la época, Mieczysław Rakowski, asistió al estreno. Al final de la representación, durante los aplausos, subí al escenario y leí una declaración en contra del encarcelamiento de Václav Havel.

Ese pequeño escándalo estaba hecho a la medida de la época. La historia estaba teniendo lugar

ante nuestros ojos. En el mes de junio tuvieron lugar las primeras elecciones semidemocráticas en Polonia, y en julio viajé a Checoslovaquia con un grupo de colegas de la oposición democrática, armado con un pasaporte diplomático y el estatus de parlamentario polaco. Nos reunimos en Praga los amigos de la Carta 77, visitamos esa magnífica ciudad y pudimos visitar a Václav Havel en su casa, en la montaña, en Hrádeček.

Había sido liberado poco antes. Estaba delgado, pero rebosante de coraje, y siempre dispuesto a bromear. Nos recibió muy bien, discutimos durante un largo rato, y durante nuestra conversación me sorprendió el contraste que existía entre nuestra visión de las cosas. Nosotros estábamos serenos y optimistas, pero Havel enfriaba nuestro entusiasmo. Nosotros ya habíamos conocido la victoria, y le decíamos que ciertamente ahora era el turno de Checoslovaquia. Nunca olvidaré cuando me puse a explicarle a Havel que Praga era una ciudad con un potencial cultural extraordinario, que no podía sufrir la mediocridad comunista. Havel me respondió que no conocía y que no comprendía a los checos, que conformaban una sociedad enmarañada en el autodesprecio del soldado Chevik y el fatalismo de Franz Kafka.

Los checos, decía, no eran polacos. Creía que antes de que las cosas cambiaran todavía habría que esperar mucho tiempo. Fue entonces cuando, envalentonado por un maravilloso vodka checo, le dije



BÚSCANOS



Me gusta



SÍGUENOS

**twitter.com/
letras_libres**



Fotografía: Cortesía de la Embajada de la República Checa en España

+Václav Havel murió el pasado 18 de diciembre en su casa de Vřice.

a Havel: “Ya lo verás, antes de que termine el año, serás presidente.” Me miró como si me hubiera vuelto totalmente loco, pero en los años siguientes se vio obligado a reconocer que fui el primero en predecir su destino.

El 2 de febrero [de 2003], Havel terminó su mandato presidencial. Será juzgado por gente distinta y de distintas formas. No me creo capacitado para aportar esta clase de juicio, pero me siento en el deber de decir que ha sido una de las raras personas en la oposición democrática que ha salvaguardado su integridad y ha seguido fiel a sus valores y sus ideales.

Como presidente, Havel ha sido un formidable “conciliador”, en la tradición de Tomáš Masaryk (filósofo, presidente de la primera república checoslovaca), y al mismo tiempo un hermano fiel de hombres como el ruso Andréi Sájarov, el polaco Jacek Kuroń o el húngaro János Kis. Supo reunir en él la habilidad de Geremek (consejero de Lech Wałęsa devenido en ministro de Asuntos Exteriores) y la pasión de Jan Patočka, el gran filósofo checo que sucumbió a los

interrogatorios policiales sufridos por ser el portavoz de la Carta 77.

Havel es un caso particular. Cuando, hace algunos años, la *Gazeta Wyborcza* le concedió en Polonia el título de Hombre de la Década, fue felicitado por Bronisław Geremek, entonces ministro, Jerzy Buzec, entonces primer ministro, y por Aleksander Kwaśniewski, presidente de la república. Solo alguien de la envergadura de Václav Havel podía crear un clima ecuménico como este y reunir a un socialdemócrata, un hombre de derechas y un viejo comunista. Y lo hizo durante muchos años, sin jamás soltar su presa. No solo en su país, sino en toda la Europa Central y del Este, y en el mundo entero.

En 1991, en el transcurso de una larga conversación, le pregunté si creía que había que “ajustar cuentas” con los comunistas. Esto es lo que me respondió hace más de veinte años:

La cuestión es encontrar la justa medida de las cosas. Una actitud que debería ser civilizada y humana sin por ello rehuir el pasado. Debemos lograr ver adecuada-

mente nuestro pasado, nombrarlo, extraer lecciones de él y hacer justicia. Pero hay que hacerlo con honestidad, con mesura, tacto, clemencia e inventiva. Allí donde veamos remordimientos y gente que reconoce su culpa, debemos encontrar la manera de perdonar. Por lo tanto, soy partidario de abordar el problema de manera humanitaria, no debemos regresar a una atmósfera de sospecha y de miedo. La gente tuvo miedo de la policía política durante cuarenta años, y no puede ser que durante los próximos diez siga teniendo miedo de que alguien, en cualquier momento, puede destapar informaciones sobre ella. Mucha gente ni siquiera sabe si alguna vez se implicó en algo.

En 1995, en otra conversación, me confió:

En los primeros meses que siguieron a la revolución de terciopelo hice bastantes estupideces de las que hoy me avergüenzo. Un día pronuncié discursos en cinco ciudades, y al final decía cualquier cosa porque no soy un orador nato. Sentía algo parecido a una psicosis poscarcelaria, cuando un hombre, después de recuperar la libertad, no cesa de hablar y está convencido de que tiene muchas cosas que decir porque todo el mundo lo escucha. Hoy estoy un poco avergonzado, pero en aquella época me parecía tolerable. He sacado lecciones de esos errores y soy mucho más prudente. He comprendido que la política tenía principios que había que respetar, aunque uno quisiera dejar su huella.

Hombres políticos así siempre serán una excepción en el mundo de hoy. Pero es una suerte extraordinaria vivir cerca de personalidades tan infrecuentes y ser su amigo. Gracias por todo, Vasek. —

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS DE
RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ